

Mauricio de Sajonia componen tal estado mayor que amedrentarán á todos sus enemigos y sublevarán toda la Alemania. El jefe de la gran rebelion publica entusiasta manifiesto, en el cual dice, que aburrido de sufrir la brutal tiranía del César y apenado de que su patria cayera como Castilla en deshonrosa servidumbre, apelaba con plena conciencia y en plena libertad al juicio de las armas para redimir á su padre el Landgrave, rescatar los derechos del Imperio, y devolver al Evangelio su culto y al creyente su albedrío. A tal espectáculo, á promesas tan ardorosas, á palabras tan seductoras, á grito que cada aleman oye allá en las mas profundas interioridades de su conciencia, el entusiasmo se despierta, los voluntarios se reunen, la cruzada por el nuevo derecho y por la nueva idea comienza, y la estrella de Cárlos V palidece allá en los mismos cielos donde habia brillado con luz inextinguible.

Tal ejército se pone con decision y entusiasmo en camino de Augsburgo, centro brillantísimo del Protestantismo alemán. Cárlos, que meditara en su seno el *Interim*, habia hecho de una ciudad, en su fondo luterana, una ciudad en sus apariencias y exterioridades católica. Los crucifijos se reponian en las encrucijadas, los santos se levantaban de nuevo en los altares, los púlpitos resonaban con las arengas de los frailes, volvian las procesiones por las calles, como si no hubiera reido Erasmo, hablado Lutero y combatido los príncipes alemanes. ¡Ah! nada tan triste como prestar culto interno á una idea y culto externo á otra; nada tan doloroso como poner la conciencia en una religion y en otra religion la vida. Augsburgo sintió que sus entrañas palpitaban de regocijo al levantarse los protestantes, como Jerusalem, ocupada por los idólatras, al levantarse los Macabeos. La guarnicion imperial sale y los libertadores luteranos entran. El 14 de abril de 1552 es el dia primero en los anales de su gloria. Los templos vuelven á la fe revolucionaria, los púlpitos surgen á predicar la palabra evangélica. La voz de júbilo que alza este inesperado triunfo, resuena prepotente de un extremo á otro extremo de la imperial Alemania.

Y mientras tanto ¿qué hace Cárlos V? Creeríasele fuera del mundo. La idea del concilio absorbe por completo aquella naturaleza, que tenia mucho de monástica, como que á los treinta y cinco años, en la flor de su edad y en el zénit de su gloria, quiso arrojar la corona del orbe y vestir la estameña del fraile. La paz de las conciencias, la salud de las almas, la restauracion de

la Iglesia en el mundo católico, la muerte de la Reforma por las medidas disciplinarias y canónicas demandadas en toda la Cristiandad, el problema religioso bajo todos sus aspectos privaba de tal manera en su conciencia, que no tenia ojos para ver los relámpagos, ni orejas para oír los truenos de aquella pavorosa tempestad.

El 4 de abril de 1552 Mauricio ha entrado en Augsburgo y César no quiere creerlo. Ya cerciorado y persuadido íntimamente de verdad tan triste, aun reduce la sublevacion á un solo móvil, á un deseo inmoderado de libertar al Landgrave. Así grita en el impulso de sus primeras cóleras que está pronto á hendir en dos el cuerpo del Landgrave y enviar la mitad al Rey de Francia y la otra mitad al Elector de Sajonia. Pero bien pronto la realidad viviente aparece á sus ojos de águila. El mundo germánico sublevado no pide la libertad de un hombre, pide la libertad de un pueblo. Los protestantes buscan á una en aquella sublevacion los derechos de su conciencia; los católicos, los fueros y privilegios de su imperio. La cruzada, que ha promovido la traicion de Mauricio y que ha logrado el movimiento de Augsburgo, es una cruzada protestante por su aspecto religioso y nacional bajo todos los aspectos. El Emperador se halla solo, y esta soledad le parece un sueño. Nada quiere hacer el ambicioso Alberto de Baviera, resentido aun de las preferencias dadas en los favores de Cárlos V al traidor Mauricio de Sajonia; nada puede hacer su fervoroso hermano Fernando de Austria, comprometido en abierta guerra con los turcos, cuyas sangrientas cimitarras relampaguean ya en los desfiladeros de Transilvania: su hija María, casada con Maximiliano de Austria, escoge tan desfavorable coyuntura para pedirle treinta mil ducados que restan á percibir de su dote; Parma se pierde, Siena se subleva; los corsarios amenazan á Malta, los mogoles á Pesth; Enrique II toma las ciudades imperiales del Rhin; el Papa, hechura de sus manos, se alia con el Rey de Francia, eterno enemigo de su raza; las flotas de Méjico no vienen; los banqueros de Génova no prestan; los tercios españoles no resisten, desprovistos de sus pagas, la desnudez y el hambre; de suerte que ha caido el dueño de toda la tierra en el infierno de todas las miserias.

En tal apuro, Cárlos muestra toda la entereza de su ánimo y toda la claridad de su entendimiento. Conociendo en la triste amargura de sus desen-

gaños que, si vencedor, atribuirán su triunfo á la fortuna, y si vencido, atribuirán su rota á su torpeza; solicitado de una parte por la deshonra si cede y de otra parte por el peligro si resiste; vuelve la espalda como buen caballero á la deshonra y vuelve la cara como buen español al peligro. No hay tiempo, pues, que perder; y antes de tratar escoge con resolucion el expediente de la fuga que le ponga en cobro y le preste medios de lograr un pronto desquite. Sigilosamente, á las altas horas de la noche, acompañado de dos gentiles-hombres y cuatro domésticos, sale á hurtadillas de su palacio y se dirige desesperado y sereno, enfermo y erguido, con el corazon roto por la traicion ajena y la voluntad firme para la lucha y la venganza, hácia Fussen, punto donde aguarda encontrar un paso que le lleve al lago de Constanza, de cuyos bordes podrá dirigirse á los patrios dominios de los Países-Bajos y organizar la resistencia para el pronto, y para mas tarde la pujante acometida y la gloriosa victoria. Pero al llegar á Fussen se halló con anuncios y confidencias de que el enemigo está cerca y vuelve descorazonado y triste á su madriguera de Inspruck, donde, á la callada y de noche, penetró como un desertor aquel que era un verdadero César.

Nada en la tierra detendrá ya el empuje de los ejércitos revolucionarios; á marchas dobles se dirigen sobre la corte y retiro de su viejo y tenaz Emperador. Las fortalezas, que guardan el camino, caen una tras otra; las guarniciones, que ocupan las fortalezas, ceden al empuje y huyen á la desbandada. El 25 de mayo, á la luz incierta de antorchas funerarias, Cárlos V, encorvado bajo el peso de la desgracia, trémulo y dolorido por los terribles ataques de la exacerbada gota, con la ira en el pecho que le sube como en siniestro resplandor á los ojos, toma su litera, y en medio de terrible tempestad, pues hasta la naturaleza parece conjurada en su daño, á la luz de las centellas, por sendas y atajos que borran las lluvias del cielo y los desbordamientos de los rios y de los torrentes, se dirige á Carintia en pos de un refugio seguro; mientras los revolucionarios llegan, entran, saquean, toman las joyas y los manuscritos que encuentran al paso, comen á las mesas imperiales abandonadas, trincan á su sabor en las bodegas desiertas, desacatan la majestad del César con la profanacion de su palacio. Uno de sus compañeros le rogó á Mauricio que corriera tras Cárlos V y lo tomara prisionero: «No me da la

gana, respondió el soberano de Sajonia; ¿dónde tengo yo jaula para un pájaro tan grande?» Dirigióse primero el Emperador á Trento, embargado por la idea religiosa; pero los padres habian huido todos y dispersádose á los cuatro puntos del horizonte, al saber la inevitable aproximacion de la cruzada revolucionaria. ¡Oh! de tan triste manera concluyó la primera parte del gran concilio de Trento.